

OCTAVIO SANTA CRUZ

SIÉNTATE

—¡Tranquilo. Ya pasará! —se repitió, aferrándose a la copa de pisco *sour*.

Sus labios, rígidos como lajas, consintieron por fin en asumir una forma ligeramente curva, que es lo más parecido a una sonrisa que pudo lograr. Encendió un cigarrillo procurando comportarse con naturalidad y, mal que bien, fue tornando a su mirada habitual, plácida, sardónica. Solo entonces se permitió voltear lenta y casi dolorosamente hacia su esposa:

—¿Te... gustó? —preguntó refiriéndose a la gente sobre el escenario.

—Es lindo —contestó ella, y le guiñó con los dos ojos—. Deberías aprender *mon cher*.

De modo que estaban en una peña —casi no podía creerlo— en su añorada Lima. Las últimas semanas se habían sucedido vertiginosamente entre cancelar compromisos para darle forma a unas improvisadas vacaciones y hacer los preparativos para el viaje. Ahora al encontrarse finalmente acá, en el Perú, de pronto

las vivencias no confrontadas en años se agolpaban pugnando por manifestarse. Su cabeza era una vorágine indiscernible, su espalda una losa helada hundiéndose en el asiento.

—*¡Vaámo' ahí!*—jaleaba el *crooner* por los altoparlantes, afectando una voz gutural.

En el escenario un grupo de bailarines profesionales ofrecía al público extranjero lo más novedoso del *folklore* afroperuano. Con su gaseosa dorada en la mano el pequeño Karl Oswald contemplaba fascinado las coreografías, los vertiginosos desplazamientos del festejo y las figuras voluptuosas de “*La danza del muñeco*”:

—¡Mira ‘pá, los negros, cómo bailan!... Papá: ¿todos los negros zapatean?

—“*Afrodescendientes*” se dice ahora —corrigió Oswald como llevándolo a la broma— y no te hagas, que tú también eres “*afro-peruano*”, porque te inscribí en el consulado cuando naciste. Si no, mírate nomás en el espejo esas pasas coloradas, zambito rubio. Pero bueno, para responderte hijo: “No, no todos bailan. Ya me ves a mí” —le dedicó al niño una amplia sonrisa de dientes para afuera y siguió mirando con displicencia hacia el tabladillo.

El espectáculo estaba en su punto, algunos danzantes de trajes multicolores se acercaron al son de la música invitando a los turistas a bailar, desde su micrófono el animador seguía llamando a la pista de baile:

—¡Vámo' ahí!

Respondiendo a la invitación su esposa se puso de pie:

–¡Cariño, yo si quiero ir eh! Ya vi cómo es y no parece tan difícil, además hemos venido a divertirnos. ¿No es verdad? –le dio un beso y se dirigió al escenario, de paso llamó a su hijo:
–¡Karl Oswald, *mon petit lapin!* ¿No vienes?
–Papí... ¿puedo? –aventuró el muchacho.

Como única respuesta el hombre retuvo con fuerza la mano del chico.

–¡Au ‘pá! *Qu’est ce que tu me fais?*... Voy a ir con mamá pues...
–“¡Siéntate carajo –quiso gritar Oswald–, los pies se han hecho para caminar!” –pero se contuvo.

¿Es que acaso podría el pequeño entender su furia, esta amargura suya tan antigua, tan inseparable, siempre inexpresada? Todo había sido llegar y el sentimiento de desolación parecía haberse exacerbado. Esa sensación familiar de vacío, imposible de compartir, difícil de explicar. Por lo tanto, suavemente aunque sin soltarlo, respondió:

–Luego hijo, luego.

No fue tan fácil, sin embargo, la fila de bailarines seguía evolucionando por todo el gran salón; en una de esas pasó nuevamente por su lado y las jóvenes insistieron:

–“Ánde *mister* déjelo venir. Ven amiguito yo te enseño, vas a ver, de aquí sales campeón. *¿Du yu laic, du yu laic?* Ven. Anímate” –cuando siguieron su camino hacia el tabladillo, siempre bailando, Karl Oswald iba con ellas, encandilado.

—¡Chola ‘e mierda ahí, toda calata! —refunfuñó Oswaldo resignado.

Claro, sacar a bailar al gringuito era todo un gol; amen de una buena propina. Pero en fin, para eso habían venido. Tanto les había hablado él de su terruño, de su gente, de sus costumbres, que acabaron organizándole este viaje sorpresa. Y ahora estaban, él con su esposa y con su primogénito Karl Oswald, visitando por unos días la Lima de sus amores. Penita que don Carlos ya no estuviera para que conozca a su nieto, *la pelona* le jugó una mala pasada, con la ilusión que tenía por *apapacharlo* al colorao’. Casi pelirrojo le había salido, se pegó a la mamá, y espigado como ella. Desde aquí podía divisarla girando infatigable en medio de músicos y turistas. Brigitte bailaba jubilosa, tomando un baño relámpago de peruanidad. La cabellera de la sueca era una flama más entre las velas.

¡Alcatráz!

¡Alcatráz!

El conjunto coreaba un aire tradicional, danza característica de lucimiento, donde los bailarines formando un gran círculo festejan la participación de las parejas que una tras otra mueven la cintura vivazmente para evitar la vela encendida:

“Al son de la tambora
con clarines y al compás
encenderás tu vela
a que no me quemas el alcatraz.

Revuélvete Francisca,
voltea la cara pa’ atrás

yo te diera cinco reales
si me quemaras el alcastraz.

A que no me quemas,
a que no me quemas...”.

Los asistentes se turnaban ahora por hacer el ridículo en una muestra pseudo-ecléctica neo-afro-peruanoide. Al centro del círculo los bailarines empezaron a alternarse en las más acrobáticas y vistosas pasadas de zapateo.

—¿De dónde habrán conseguido todas estas cholitas con esos vestidos chiquititos que *les topa y no les tapa*—rumiaba Oswaldo desde su asiento—. Por donde se les mire estas no son negras para nada, ni zambas; franco, franco ni “sacalagua” son, apenas habrá un par que tienen algo “del pelo” y eso. Y si no son de la color, entonces, ¿cómo pues? Caramba con este folclor moderno, ahora todo vale. Aunque sea, hubiéramos ido al *Brisas* en lugar de esta peñita de mala muerte que encima le quieren hacer creer a uno que en un ratito te pueden enseñar a zapatear. ¡Como si eso se pudiera enseñar!

Curioso, no se le había ocurrido que en unos pocos años las cosas pudieran haber cambiado tanto. —“¡Ya los zapateadores no *amarran*. Solo hacen pasadas. Bonitas figuras eso sí. No se puede negar, para qué, muy creativas y hasta difíciles. En verdad hasta excelentes son, yo mismo no lo haría mejor. Pero es insoportable de ver cómo se desafían a punta de payasadas. ¿Qué es eso? Lo único que buscan es hacer reír al público. Apuesto que ni las reglas se saben”. ¿Qué hubiera dicho don Carlos, su padre, de ver este exceso de gesticulaciones?

—“¿Cómo puede haber ocurrido esto caray?” —Entrecerró los ojos y recién notó que estaba un poco cansado. —Debe ser el *décalage* —pensó— el cambio de horario; o será que me estoy poniendo viejo; solo un rato en esta peña y ya estoy comparando. Pero es que de veras en mi tiempo las cosas eran tan diferentes. . .

—“¡Ya ‘stán los tamales ‘Ubaldito... —rezongó doña Eufemia cubriendo la canasta con un secador— están contaos ah! Cuidáo’ nomás con el vuelto. No me recibas billete grande que abí te dan cualquier cosa; sencillo es mejor”.

Solo era una canasta mediana pero estaba llena hasta el borde, tamales chicos, tamales medianos, tamales de chancho y hasta tamales especiales con su presa de gallina. Había para toda la mañana, adiós domingo.

—¿Puedo llevar guitarra mamá? —preguntó acomedido el otro negrito—, aunque sea la chiquita.

—¡Qué cosa! Que te vea nomás tu papá metiendo la mano ahí. Ahorita se te rompe una cuerda. ¿Y de a’ónde sabes tú tocar si ni alzarla puedes? No Coquito, silbando nomás; silbando igualito se zapatea. Total, a la gente lo que le gusta es ver zapatear...

(¿Y quién no va a querer mirar cuando zapatea mi ‘Ubaldito? —se dijo enorgullecida— No hay otro como él).

Sonrió y continuó resondrando a sus dos hijos como debe ser, no sea que se les ocurra alguna travesura: —¡Así que déjeme esa guitarra abí ‘onde está que nadie le ha dao permiso... Habráse visto! ¿Cómo vas a andar por las calles con tremendo aparato? Ahorita te la quitan. ¿Qué te crees tú Coco, que en San Isidro no roban guitarra? Además, ¿quién va a cargar la canasta entonces? ¡Sabido! ¿No? ¡Ya vaya a ayudar a su hermano! Negrito ‘el diablo abí.

iOye ‘Ubaldito... Esasmañoserastunomeaprendas, ah!.

La voz de su madre, tanto tiempo sin consultar en el archivo de sus recuerdos fue como un bálsamo para sus oídos. Sencilla mujer, desbordante de cariño; esas ganas de vivir, esa confianza orgullosa en sus hijos fue la que siempre lo ayudó en el colegio a soportar las burlas de los chicos:

¡A ver zapatea! ¡Negro tamalero!

Voces agudas, lacerantes, lastimaban sus tímpanos, taladraban su cerebro. Pero no hizo nada por acallarlas, sabía bien que es inútil. —Ya pasará. —murmuró apretándose los dedos y cerró los ojos, esta vez con fuerza:

*¡Negro tamalero... negro tamalero!
Haz tu pasada y te pago un real,
haz tu pasada y te compro tamal,
negro tamalero... negro tamalero!*

—¡Su pedido señor!

El sabor acidulado, punzante, de sus recuerdos se esfumó bruscamente. La voz del mozo anunciaba que las mesas estaban colmadas de platos típicos. Justo a tiempo porque los improvisados danzarines estaban volviendo a sus sitios.

A la calidez mortecina de un lamparín, las ollas de barro humeaban con frejoles, olluquito, ají de gallina, arroz con pato, carapulcra, y para completar dos jarras de chicha morada. El audio unos decibeles más alto de lo soportable, los vapores del hielo seco en el escenario, las siluetas que se acercaban a la contraluz intermitente, todo parecía acusar un ambiente artificial o de irrealidad.

—Qué cosa rara hoy día —se dijo—, antes uno iba a un local a escuchar cantar un buen conjuntito. Ahora con todos esos parlantes resulta que es uno quien acaba bailando, claro que es un punto de vista más bien promocional... Eso debe ser, el turista se siente como que ingresa en el *folklore*, que participa, hum, no se les pasa nada; buen negocio. Pero cómo es posible que me sienta tan distinto en mi propia tierra, será que me he desacostumbrado un poco.

Ahora después de varios años en Europa, él era casi un turista más. A su lado, Brigitte, su esposa, se deshacía en atenciones:

—¡Sírvelte Waldo, esto está delicioso. Mira ya estoy aprendiendo, este es el que se prepara con maíz y en hoja de banana ¿No es cierto? Tamal se llama, ¿sí?...

¡Waldo, qué pasa. Hoy estas especialmente difícil!

¿No era que extrañabas la comida de tu tierra? ¡Entonces prueba pues!

¡Cómo! ¿No quieres? Tamalito es. ¡Oh, Waldo. Quién te entiende!

Oswaldo aceptó apenas un bocado. Sus ojos trataron de recobrar la placidez habitual y sus labios de piedra intentaron quebrarse en una curva. Señalando al escenario articuló lentamente:

—¿Y... te gustó?

—¡Zapateo... ! —contestó Brigitte. Y le guiñó al sonreír—
i... Es lindo, querido. Deberías aprender!